

# Un carnaval por la vida

Jaime López

me@jaimelopez.name

Diciembre de 2005

La corrupción es la alteración de la forma o estructura de algo, es el vicio o abuso introducido en las cosas no materiales. Vemos corrupción en la tendencia que siguen los cambios, cuando las relaciones productivas y políticas se degeneran o caen en decadencia.

La corrupción es social e individual. Para superarla hay que construir sociedades más abiertas, en las que las personas sean más libres. Sociedades en las que el individuo pueda crecer en forma material y espiritual, sin someter ni someterse a los demás y sin temer al mundo en el que vive.

Karl R. Popper, en su libro “La sociedad abierta y sus enemigos” (1945) nos dice que:

*El remedio no reside en la detención de las transformaciones políticas, pues ésa no puede procurarnos la felicidad. Jamás podremos retornar a la presunta inocencia y belleza de la sociedad cerrada; nuestro sueño celestial no puede realizarse en la tierra. Una vez que comenzamos a confiar en nuestra razón y a utilizar las facultades de la crítica, una vez que experimentamos el llamado de la responsabilidad personal y, con ella, la responsabilidad de contribuir a aumentar nuestros conocimientos, no podemos admitir la regresión a un estado basado en el sometimiento implícito a la magia tribal. Para aquellos que se han nutrido del árbol de la sabiduría, se ha perdido el paraíso.*

Agrega que “cuanto más tratemos de regresar a la heroica edad del tribalismo, tanto mayor será la seguridad de arribar a la Inquisición, a la Policía

Secreta, y al gangsterismo idealizado. Si comenzamos por la supresión de la razón y la verdad, deberemos concluir con la más brutal y violenta destrucción de todo lo que es humano. No existe el retorno a un estado armonioso con la naturaleza. Si damos vuelta, tendremos que recorrer todo el camino de nuevo y retornar a las bestias”.

Hasta ahora las sociedades han evolucionado en permanente conflicto entre el reconocimiento del individuo o la anulación de éste. Erich Fromm, en su libro “El miedo a la libertad” (1947) señala que “el hombre, cuanto más gana en libertad, en el sentido de su emergencia de la primitiva unidad indistinta con los demás y la naturaleza, y cuanto más se transforma en individuo; tanto más se ve en la disyuntiva de unirse al mundo en la espontaneidad del amor y del trabajo creador o bien de buscar alguna forma de seguridad que acuda a vínculos tales que destruirán su libertad y la integridad de su yo individual”.

Cuando el cambio tiende a favorecer el abuso, una mayor proporción de las personas que integran la sociedad sienten la destrucción de su individualidad. Son forzadas a reprimir sus expresiones, viven sin poder elegir y aunque puedan estar junto a otras personas, sus posibilidades de comunicación quedan anuladas. Si la corrupción pesa más en los cambios sociales, entonces la búsqueda del conocimiento, de la razón, de la crítica y del amor constituyen actos subversivos.

Michael Foucault, al referirse al panóptico - un modelo arquitectónico que hizo más eficiente la vigilancia - señaló lo siguiente: “Cada cual, en su lugar, está bien encerrado en una celda en la que es visto de frente por el vigilante, pero los muros laterales le impiden entrar en contacto con sus compañeros. Es visto, pero él no ve; objeto de una información, jamás sujeto de una comunicación.” (Nacimiento de la prisión, 1975).

En las sociedades cerradas, que es hacia donde nos dirigimos cuando la corrupción es dominante, se trata de controlar a las personas y lo que éstas producen. Las instituciones operan para despojar a los seres humanos de sus creaciones materiales, cognoscitivas, afectivas o lingüísticas. Las leyes, los partidos, el mercado, los órganos de justicia, las escuelas o los medios de comunicación lo que hacen es marcar límites, entre quienes controlan las relaciones sociales y los que quedan subordinados a ellas. En ambas posiciones, las personas deben actuar como autómatas, su misión en la vida es cumplir con el guión asignado.

Sin embargo, la singularidad como expresión del ser humano y el deseo de compartir sus creaciones es lo que hace evolucionar a las sociedades. La corrupción es la negación de la creación individual y del acto de compartir. Al respecto, Micheal Hardt y Antonio Negri, en su libro Imperio (2000) nos advierten que:

*La corrupción rompe la cadena del deseo e impide que continúe extendiéndose a través del horizonte biopolítico de la producción. Construye agujeros negros y vacíos ontológicos en la vida de la multitud que ni la ciencia política más perversa puede camuflar. La corrupción, contraria al deseo, no es un motor ontológico, sino simplemente la falta de un fundamento ontológico de las prácticas biopolíticas del ser.”*

Los cambios sociales decadentes convierten a las personas en apéndices de rígidas cadenas de producción altamente concentradas. Los vestuarios y maquillajes diferentes, los gustos musicales, la formación especializada<sup>1</sup> o la diversidad de campos laborales no son capaces de borrar la dimensión única en que quedan atrapadas las personas, en el callejón de la conducta egoísta y disciplinada.

En “El hombre unidimensional” (1964), Herbert Marcuse presenta a la sociedad tecnológica como aquella en que el ser humano ha perdido su sentido crítico. No existe espacio para el disenso, la unidimensional “integra en sí toda auténtica oposición y absorbe en su seno cualquier alternativa”. Se ejerce el dominio, el control total, de un modo sutil, manipulando los deseos y las necesidades de las personas. Marcuse señala que tal sociedad “no sólo determina las ocupaciones, las habilidades y las actitudes socialmente requeridas, sino también las necesidades y las aspiraciones individuales”.

Cuando las sociedades se están degenerando, se impone a las personas la violencia como forma de dominación. Como en una relación sadomasoquista, víctimas y victimarios son forzados a depender uno de otro y a expandir el daño que se provocan mutuamente. El crimen, la pobreza, las migraciones, el racismo<sup>2</sup>, la guerra o la paz del silencio son expresiones de las múltiples formas que adquiere la violencia. Se empuja a las personas a abrazar la seguridad que le ofrecen quienes las oprimen o se les hace creer que pueden

---

<sup>1</sup>Por ejemplo, si alguien estudia economía se le induce a pensar y actuar como economista, se le obliga a negar otras expresiones de su ser.

<sup>2</sup>Racismo entendido como discriminación cultural y generacional.

escapar. La ilusión de huida es circular, siempre vuelven al mismo estado de sometimiento y fatalidad. Para muchos la agresión irracional, el fanatismo religioso, las drogas o el suicidio son los únicos caminos que quedan para zanjarse su profundo sentimiento de soledad.

Las instituciones decadentes intentan reproducir la corrupción. Violentan el cuerpo, los sentimientos y la inteligencia. Llevan a cabo una reaccionaria campaña de alienación y separación. Las personas tienen que creer que son incapaces de crear y de colaborar. Se les impide descubrir que la iniciativa radica en el ser humano. Que la constitución social no es la ley formal, sino las expresiones libres del ser que se realizan en los procesos de producción y en la toma de decisiones.

Pero a la vez, tanto en el cuerpo social como en el individual se abre paso la resistencia a la decadencia, el afán por la regeneración de las relaciones y la creación de nuevas expresiones humanas.

Quizá uno de los filósofos que mejor haya interpretado esa decadencia y que haya ofrecido una alternativa fuerte de cambio fue Friedrich Nietzsche: “Cuando algo nos sale mal, perdemos con demasiada facilidad la visión correcta de lo que hicimos. Un remordimiento de conciencia me parece una mala forma de ver las cosas. Mi moral me inclina más bien a respetar aquello en lo que hemos fracasado, por el hecho de haber fracasado.” (Ecce homo, 1888)

Cuando la regeneración alcanza un punto más alto con respecto a las tendencias regresivas, el cambio social se torna en forma global hacia la apertura. La corrupción social y de las instituciones se constriñe. Éste es el acto de la generación común, es la exaltación de las singularidades.

Es cierto que las instituciones tienen un peso enorme sobre las personas. Pero no hay que perder de vista que en todo momento las instituciones son reflejo, una respuesta a los estímulos sociales. Éstas consolidan su control sobre las personas solo cuando el movimiento de cambios se detiene. La dictadura de las instituciones se impone cuando las sociedades permanecen estáticas en sus relaciones, cuando los seres humanos renuncian a sus creaciones libres.

Pero las cosas cambian, se mueven, mientras haya personas que cultiven su sentido crítico, que compartan sus bienes materiales, sus conocimientos, sus emociones y su lenguaje, y que se afanen en producir nuevas relaciones

sociales. Entonces las cárceles institucionales que intentan mantener cautiva a la sociedad se derrumban, abriendo el camino a las multitudes.

El poder sobre las instituciones reside en los seres humanos, son éstos quienes deciden someterse a la decadencia o revelarse en favor de la apertura. La lucha contra la corrupción no es fácil. La dirección de los cambios se conquista milímetro a milímetro, gota a gota. Si cedemos nuestros espacios, éstos son ocupados por el oscurantismo y la opresión. Los espacios que defendemos alimentan nuestras fuerzas. Y la razón, el amor y la esperanza es lo que nos guía hacia la penetración de nuevos espacios.

El poder constituyente, para crear y compartir, radica en los individuos y en sus venas comunes. En la empatía, el diálogo, la crítica y la rebeldía es donde los subordinados pueden comenzar a tejer su resistencia contra la dimensión única del egoísmo y la disciplina. El ser humano es generador de energía y puede, en lugar de seguirla entregando pasivamente a las máquinas institucionales, negarse a ellas. Abrir la opción de llevar adelante su propio éxodo por la libertad, fuera de la cámaras de vigilancia y de las murallas del consumismo.

Estando fuera, en esa especie de desierto bendecido con maná del cielo, las personas pueden vagar a través de sus propias potencialidades, iniciar el descubrimiento de si mismo y encontrarse con otros que están en busca de lo común. La corrupción individual es fulminada cuando las personas ya no temen buscar al ser humano que llevan dentro, cuando con honestidad desnudan su espíritu ante los demás. Ésto no es una utopía. Es posibilidad reprimida, que ha estado esperando solo un leve cambio de actitud para expandirse en forma instantánea. Entonces, se liberan los sentimientos compasivos, el poder inmanente y la fuerza creadora del ser humano.

Ya como personas con una práctica definida en favor de la libertad, pueden volver de su éxodo e iniciar la lucha por la regeneración de sus instituciones y de las relaciones sociales. El control y la violencia van perdiendo su justificación. Las libertades individuales y las construcciones comunes su ubican en el horizonte inmediato, las dimensiones de expresión humana se multiplican y la sociedad se abre.

La sociedad de la tecnología, de la información y de la genética presenta formas de corrupción altamente sofisticadas, aunque no por ello menos bestiales. Pero a la vez, esa sociedad abre las puertas a poderosas formas de expresión y de organización para las multitudes.

El poder se ejerce a través de complejas redes, que regeneran sus formas y jerarquías constantemente. Pero en igual forma las personas tenemos el potencial de crear expansivas redes de contrapeso.

Las expresiones dominantes del Estado, la comunicación, la religión, el trabajo y el ocio son deshumanizantes en forma extrema. Pero nunca podrán robarnos el potencial de agradarnos mutuamente, de platicar sin inhibiciones, de elegir caminos propios o de mezclarnos en un carnaval por la vida.